

Una introducción externa e interna a la figura de Pablo, constructor del Cristianismo

John Shelby Spong

2ª Parte. Aproximación interna al Pablo de antes de su conversión sobre todo

Hasta aquí, hemos hecho una breve presentación externa de Pablo. Pero, ¿cómo vivió Pablo internamente la revelación de Cristo? Esta historia es un tanto diferente. Aunque nadie podrá estar nunca seguro de cómo fue Pablo por dentro, él mismo nos dio algunos indicios útiles al respecto en sus Cartas. Así que vayamos a ellos con idea de tratar de reconstruir el hombre interior. Pero insisto: lo que sigue es sólo una conjetura aunque no sea una conjetura sin fundamento. Creo que debemos tratar de descubrir la persona que vivía en el interior de Pablo de cara a obtener algo de luz sobre cómo se entendió él a sí mismo y sobre cómo entendió, además, la figura de Jesucristo.

Necesitamos penetrar, primero, en el enigma del celo de Pablo como israelita, después debemos hacerlo en su consiguiente empeño en perseguir a los cristianos y, tercero, en su dramática y repentina conversión posterior. Cada una de estas tres cosas es un elemento obvio de su personalidad y quizá por eso todas ellas han permanecido sin examinar a fondo durante demasiado tiempo. La importancia religiosa de Pablo, la inspiración divina atribuida a sus palabras y el hecho de que la Iglesia haya construido sus credos y doctrinas a partir de sus Cartas, todo ello ha hecho que, en cierto modo, la humanidad de Pablo haya quedado escondida y como en la sombra, cubierta por capas de piedad e incluso de temor y de represión. Sin embargo, mi convicción es que la humanidad de Pablo es la clave para comprender lo que hizo y lo que escribió. Por consiguiente, debemos indagar y hablar del Pablo interior.

Pretendo, pues, estudiar el psiquismo de Pablo, y guiarme, hasta donde sea posible, por sus propias palabras, así como elaborar, a partir de algunas veladas alusiones, algunas deducciones. Baso mis análisis en la convicción primordial de que la personalidad más básica de alguien no cambia radicalmente durante el curso de su vida. El contenido, las convicciones y las actitudes pueden cambiar, pero todas se expresan a través de la misma estructura fundamental de la personalidad. Conocemos mucho sobre el Pablo convertido en cristiano como para poder saber, sobre el Pablo precristiano, que es por donde voy a empezar, mucho más de lo que muchos se imaginan.

Veo al joven Pablo como un ser religioso de tipo zelote, lo cual es fácil de documentar porque lo reconoce él mismo (Gal. 1:11-14). Nadie desata su furia perseguidora como adulto, tal como él lo hizo, a no ser que el fanatismo haya formado parte de su naturaleza durante largo tiempo. Pablo se describe a sí mismo como celoso de la ley y aventajando a muchos en la dedicación a sus estudios (Gal. 1:14). Sospecho que Pablo, cuando de joven fue a Jerusalén como un judío más de la diáspora, tuvo que defender sus convicciones ortodoxas en contra de quienes, a la luz de su visión de la pureza

religiosa, pensaban que cualquiera que hubiese vivido fuera de Judea seguro que había tenido que poner en cuestión la integridad de su práctica judía. Esta autodefensa, que encontramos en la afirmación de que era "hebreo de pura cepa" (Filip. 3:5), era muy conocida y empleada por los judíos del exilio para demostrar que su fe no se había corrompido por prácticas extrañas. Sin embargo, en su infancia en Tarso, donde la religión judía no era la autóctona, el mantenimiento de sus profundas convicciones demandaba valentía y fervor. Esto también debió de ayudar a reforzar la convicción, forjada a la defensiva, de que estaba en contacto con una verdad que, al menos para él, relativizaba todas las otras versiones de la verdad. Esto –sugiero– es lo que está en la base de su temperamento radical y del comportamiento de quien está inmerso en un patrón interpretativo impuesto.

Este marco casi fanático suele cumplir dos propósitos: evita sentir inseguridad y permite que la personalidad permanezca escondida sin tener que soportar la singularidad del propio ser. Los fanáticos son casi siempre personas que se identifican con la institución sin discusión. Su ser personal se sitúa en el interior de su identificación con una tradición colectiva con la que se rodean. El fanatismo religioso es, en definitiva, un medio y un método de supervivencia. Es una proclamación pública de que la persona que uno es es tan insignificante, o que lo que uno cree ser es tan inaceptable que uno se esconde de sus complejos y temores tras el escudo protector de un marco de referencia sagrado.

Todo sistema religioso produce adeptos así. Son los que no pueden salir fuera del rol que han utilizado para definirse a sí mismos. En su adhesión religiosa, son casi como robots. No pueden tolerar a quienes podrían cuestionar la verdad o la autenticidad de lo que ellos creen ser. El joven Pablo, que estudiaba en la escuela de su sinagoga, debió de tener rasgos así y, cuando se mudó a Jerusalén, la ciudad en la que la devoción religiosa era casi obligatoria, entonces, probablemente, esta tendencia suya se aceleró. Pablo no se quedó atrás ni en piedad, ni en devoción ni en entusiasmo. Sin embargo, las prácticas religiosas que adoptó consistieron, cada vez más, en un rígido autocontrol. Y hay que preguntarse qué es lo que hizo que la obediencia y el control de la autoridad externa, propia de la Ley, fuera tan esencial para la supervivencia del hombre que era Pablo.

Tal vez tengamos una pista sobre este enigma en la referencia de Pablo al hecho de que tenía "un aguijón en su carne" al que denominó "mensajero de Satanás" (2ª Cor. 12:7). Tal vez este enigma se refleje también en su persistente negatividad hacia su cuerpo y hacia su carne. "¡Miserable de mí! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7:24). En otros pasajes, Pablo, ¿no habló de la necesidad de que el cuerpo del pecado sea destruido a fin de que no sirvamos ya más al pecado (Rom. 6:6)? Pablo instó a sus lectores: "no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal de forma que lo obedezcáis en sus apetitos" (Rom. 6:12). Y habló de la necesidad de "golpear su cuerpo y ponerlo en servidumbre" (1ª Cor. 9:27). Y escribió sobre su deseo de ser lavado "de toda la contaminación de la carne" (2ª Cor. 7:1).

El concepto de "pecado" en Pablo es el de un poder exterior que tiene control sobre su vida y que parece estar relacionado asimismo con su propia autocomprensión. El pecado –creía él– sólo se podía controlar gracias a la Ley. Para él, la religión era una religión de supresión. Algo inaceptable debía de habitar, pues, en su interior. Ésta es,

sin embargo, tal como decíamos, la receta para que nazca el fanatismo de la rigidez religiosa: el requisito primordial, que transforma a una persona en un celoso perseguidor, es ver amenazado su propio sistema de control.

Todo esto está en Pablo y, si ha de haber una solución que no desemboque en una guerra constante contra esta poderosa tensión interna, normalmente dicha solución es una revisión y un cambio de orientación dramático, que se experimenta como una poderosa experiencia de conversión. La persecución de otros o la propia reorientación son las dos únicas alternativas para una personalidad semejante. Todos podemos concebir que un dilema así debió de formar parte de la historia de Pablo en un periodo determinado. Pablo reunía todos los elementos que producen un fanático. Su vida estuvo marcada por una fuerte adhesión a una rígida religión controladora. El fervor necesario para guardar las cosas bajo llave y la violencia que se desencadena ante cualquier cosa que desafíe el sistema formaban parte de su personalidad. La mentalidad del perseguidor nace de esta estructura psicológica que encaja tan perfectamente con Pablo.

Ahora bien, entonces surge la pregunta: ¿cuál fue la realidad que marcó internamente a Pablo y que estuvo en la base de este personaje tan crucial para el cristianismo? A lo largo del tiempo, han abundado las hipótesis y debemos examinarlas. Aunque suele haber poco acuerdo sobre cuál fue la causa específica del "aguijón", es exacto decir que, al buscar una respuesta para esto, el grueso de los académicos se ha decantado siempre en una de las dos direcciones siguientes: o bien fue algún tipo de enfermedad física o bien fue algún tipo de problema psicológico. Las hipótesis de tipo físico han incluido la epilepsia, una escasa visión o una infección crónica de la vista, fiebres recurrentes o un impedimento en el habla. Sin embargo, ninguna de estas hipótesis parece convincente si se considera que este tipo de causa tenía que ser compatible con el rigor físico propio de la vida de Pablo, que solía ir a pie a la mayoría de las ciudades, en viajes que duraban semanas e incluso meses. Pablo dormía junto a los caminos o en pensiones, y comía lo que podía encontrar. Es difícil pensar que tuviese una enfermedad física que le obsesionara (tal como indica su referencia al "aguijón en la carne") viviendo en medio de esfuerzos físicos como los que sabemos que tuvo que afrontar.

Cuando pasamos de las explicaciones físicas a las psicológicas, emergen hipótesis más ricas e imaginativas. Van desde que el aguijón era el resultado de una desesperanza por la resistencia de los judíos ante su evangelio, hasta que era una forma de depresión o de enfermedad mental que, en aquella época, se interpretaba como un influjo o un asalto de un demonio externo. Sin embargo, de nuevo no encontramos evidencia alguna, ni en su vida ni en sus escritos, acerca de que sufriera una disfunción psicológica inmovilizadora de este tipo. Pablo organizaba su vida según un propósito coherente, cumplía con sus responsabilidades, peleaba por su causa y defendía sus puntos de vista con una propiedad extraordinaria.

Jerome Murphy-O'Connor, un investigador católico-romano, admite todo esto y ello pone en la tesitura de identificar el "aguijón en la carne" y la razón de la auto-negatividad de Pablo con una "oposición a su ministerio". Según él, esta identificación del "aguijón" con una "oposición" es la única hipótesis que merece considerarse en serio, lo cual, sin embargo, a mí parece una conclusión inadecuada. La razón principal de mi desacuerdo es que la interpretación de O'Connor no explica el fanatismo de

Pablo antes de la conversión, ni explica tampoco su violenta persecución de quienes amenazaban su sistema religioso, ni tampoco explica su poderosa experiencia posterior de conversión. La hipótesis de O'Connor parece implicar que la negatividad hacia sí mismo que Pablo expresa sólo apareció después de que sus esfuerzos misioneros empezasen a frustrarse por la oposición de los judaizantes, y esto me parece poco objetivo, poco acorde con el conjunto del retrato de Pablo, lo cual, además, me hace sospechar que, tras esta hipótesis, también puede haber un exigente sistema previo de control.

Sólo hay una teoría que tome en cuenta la evidencia, y esta teoría es que debía de haber algo que Pablo experimentaba en su mismo ser y que él consideraba como algo oscuro, malo, inaceptable e impuesto a él desde el exterior; algo que, pese a sus esfuerzos, no podía arrancar de sí y que, por consiguiente, requería un rígido control que impidiera que aquel algo se le impusiera y lo oprimiera. Tenía que tratarse, además, de algo que no disminuyera su nivel de energía ni sus capacidades físicas. Y tenía que ser algo que fuera difícilmente visible para los demás. Algo con lo que él luchaba internamente pero no externamente. Sin embargo, tenía que ser algo que tenía que definir su propia naturaleza (al menos para él).

De ser así, debía de ser algo casi imposible de no dejar reflejado, de algún modo, en sus escritos. Deberíamos poder encontrar indicios indirectos de este algo a lo largo del corpus de sus Cartas. Y, en efecto, yo creo que es así: aunque sólo puedo conjeturar el origen de esto que buscamos, los escritos de Pablo documentan su realidad. De todas las opciones que podrían dar cuenta de esta realidad y satisfacer los prerrequisitos de la misma, sólo una me parece ajustarse a todos los detalles. Así que invito a mis lectores a considerar la posibilidad de que Pablo fuese un hombre homosexual que creía que serlo era un sufrimiento que se le había impuesto y que, además, creía que aquello era algo que debía reprimir, en caso de no poder cambiarlo.

La única manera que conozco de poner a prueba esta hipótesis es suponer su verdad y verificar si concuerda o no con los datos ¹⁶. Si Pablo fue una persona gay, entonces, como les ha pasado a miles de otros gays antes y después, debió de ser en la adolescencia cuando comenzó a concienciar su ser diferente e incluso "anormal" según se definía la normalidad en su entorno. Probablemente debió de comenzar en esa edad a notar que sentía que no encajaba en el molde de la mayoría. Sus deseos, cuando los dejaba aflorar, no coincidían con lo que normalmente se pensaba como aceptable. Aquellas ansias suyas también lo asustaban a él. No sabía cómo hablar sobre sus sentimientos; ni si debía hablar de ellos, y además, de querer hacerlo, ¿con quién hubiera podido hacerlo? Sin duda había oído suficientes comentarios en su casa, por parte de sus padres, sobre personas, aquejadas con aquella misma "enfermedad" que él sentía dentro, como para saber que ellos, aunque lo quisieran, lejos de aceptar que él tuviera dicha "enfermedad", se horrorizarían de ello.

La sabiduría común de su tiempo condenaba la homosexualidad como anormal y depravada. Era objeto de chistes crueles y de risas humillantes. Pablo sabía que los líderes de su sinagoga también considerarían aquello como causa de anatema porque tal era la forma como se pronunciaban en las clases sobre la Tora. La Tora condenaba, en términos rotundos, la posibilidad de que a un hombre le gustara "acostarse con un varón como con una mujer". Era "una abominación" (Lev. 18:22). Quienes hacían algo

así eran “impuros” (Lev. 18:24). Cuando Dios castigó a la nación por pecados así, la tierra “vomitó” a sus habitantes (Lev. 18:25). La Tora declaraba dignos de muerte a los dos participantes en una relación semejante (Lev. 20:13). Para Pablo, tal era la última palabra sobre el tema y la palabra del Señor, en la Tora, era clara. No había debate ni interpretación integradora posible.

Sospecho que Pablo estaría horrorizado ante sus propios sentimientos. No encuentro razón para pensar que hubiese llegado a consumir lo que él claramente consideraba algo espantoso. Pero sus deseos, ya que no se iban, tenía que reprimirlos. Pablo, mediante un esfuerzo de concentración, mantenía bajo control sus sentimientos durante el día, pero sólo para descubrir cómo emergían en sueños durante la noche, justo cuando el cansancio aflojaba su autocontrol. Los sueños de los adolescentes, especialmente los sueños mojados, pueden ser inquietantes incluso para aquellos que consideran normales fantasías de este tipo. Para aquellos que consideran anormales sus fantasías, éstas pueden llegar a ser aterradoras. La explicación de que algún poder demoníaco exterior había tomado posesión de su vida y forzado en ella un deseo que él sabía que era erróneo es plausible. Ecos de esta explicación pueden oírse en Pablo, tal como hemos señalado.

Hoy sabemos que el deseo homosexual es real por lo menos en un cinco por ciento de la población, si no en un diez. Ha sido así en todo tiempo y lugar, a lo largo de la historia. Pero Pablo no disponía de esta información que muchos aún ignoran. Sospecho que, en su entorno, él pensó ser el único al que “un mensajero de Satanás” atribulaba de esta forma. Como la mayoría de quienes tienen que luchar con algo que no comprenden, Pablo, según la conjetura que planteo, debió de asustarse e incluso horrorizarse al darse cuenta de que experimentaba el deseo de algo que se le había enseñado a juzgar como totalmente malo. Ahora bien, como se justificaba a sí mismo a base de creer que aquél no era su propio anhelo sino el de un poder demoníaco que lo poseía, él creía también que debía batallar contra aquel anhelo malo y emplear para ello todos los recursos de su religión.

Apostaría que esto fue lo que motivó, en Pablo, su pasión por la Ley. Seguramente él había leído en el libro cuarto de los Macabeos que el patriarca José fue alabado porque, “por esfuerzo mental, venció el deseo sexual” (4 Mac. 3:17-18). Más adelante, en la misma obra apócrifa, el autor dice: “La mente moderada puede dominar los impulsos de las emociones y apagar las llamas de los frenéticos deseos y, mediante la nobleza de la razón, rechazar toda dominación de las emociones” (4 Mac. 3:17-18). Estos libros apócrifos de los Macabeos eran muy populares en el siglo I, y constituían una de las lecturas favoritas de los estudiantes de la Tora que eran aplicados. Pablo pudo haber contado con la ayuda de esta sabiduría para esquivar la pasión de su deseo inaceptable. Tan inaceptable y negativo era para él aquel deseo que veía su supresión como su única esperanza. Tenía que pensar que, según la ley que estudiaba y que asimilaba, él, cuando su deseo afloraba era que estaba poseído por el maligno. En dicho estado, la Ley que Pablo honraba y las autoridades que él aceptaba lo hubieran juzgado como alguien que, en realidad, no merecía vivir. Si aquel poder llegaba a dominar totalmente su voluntad, él, entonces, estaba condenado a morir. Así que Pablo se comprometió a protegerse con la Ley, pues ella era la única manera de poder enfrentarse al poder maligno. Tal vez por esto desembocó en una devoción estricta de

las tradiciones de la Ley, a las que reforzó reclamando la verdad literal de cada punto del sistema de la fe. Pablo estaba en camino de convertirse así en un fanático. Pero es que sólo así podía mantener bajo control el lado oscuro de su personalidad.

Esta actitud radical suya le ganó el reconocimiento de sus maestros y de los líderes de la sinagoga, que le daban su aprobación y lo alababan por su devoción. Y esta respuesta aprobatoria lo animaba a realizar más y más tareas supererogatorias. Pablo medraba ante la atención de todos ellos y cuanto más aprobación lograba tanto más apasionadamente estudiaba la Tora. Leía los comentarios de la antigüedad. Meditaba los textos de su tradición. Sospecho que exteriorizaba su sistema de control tal como hacen muchos fanáticos religiosos, vistiéndose con los atuendos más conservadores de la tradición. Esto hacía que la gente se relacionara con él como él deseaba: viendo en él un zelote apasionadamente comprometido. Sospecho que asistía regularmente a la sinagoga, que llegaba siempre temprano y que la abandonaba tarde. Imagino que devoraba lo que sus maestros le decían. Según el prototipo del fanático, debió de desarrollar un lenguaje mordaz y rápido, apto tanto para demoler como para desarmar a quienes podían comprometer o enturbiar la Ley. Sospecho que, como la mayoría de los fanáticos, exteriorizaba su más completa aversión no tanto hacia los infieles cuanto hacia los judíos que eran negligentes o liberales ante la Ley. Para describirse a sí mismo en este período, Pablo dejó escrito: “Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo... Aventajaba a muchos pues era mucho más celoso que ellos de las tradiciones de nuestros padres” (Gal. 1: 13-14).

NOTAS AL TEXTO

14. J. Murphy-O'Connor busca presentar este caso. Ver pp. 357– 58. Sus argumentos me convencieron.

15. J. Murphy-O'Connor, *Paul, A Critical Life*, 321-22.

16. Adelanté por primera vez esta posibilidad en 1991 en un libro titulado *Rescuing the Bible from Fundamentalism* (San Francisco: Harper Collins). La respuesta fue predecible, e iba desde lo ridículo hasta una increíble hostilidad. Desde los años de la publicación de aquel libro, he tenido la oportunidad de considerar las declaraciones negativas de mis críticos y de redefinir mis ideas originales. Es lo que haré en este escrito. Sigo convencido que ésta es la clave que mejor nos muestra el significado de Pablo.